



pero sí lo bastante buenas como para que no fuese una verdadera lástima el tener que ver — y se vería, a juzgar por el ritmo acompasado aunque demasiado rápido que iba tomando el paso de los acontecimientos — cómo por causa de una muy marcada tendencia (apenas incipiente, desde luego, por el momento al menos) a lo que prometía terminar convirtiéndose en lo que se debería de llamar llegado el caso y sin ambages sencillamente “obesidad” que amenazaba de manera taimada y en la sombra, el encanto voluptuoso de la juventud se arruinaba antes de tiempo en unas muchachitas tan encantadoras en las que, además, tanta ilusión depositaran sus progenitores.

Y es que, se murmuraba, las buenas razones nunca deberían ser concebidas, ni engendradas, por un desafortunado encuentro entre la petulancia y el desconocimiento; pero quién podía poner puertas — aducían los bienintencionados en su deseo de disculpar el vergonzante desliz — a un campo tan extenso cual lo es el de las pasiones y, más, las bajitas, que se cuelan por cualquier resquicio tan menudas e inquietas que no hay forma de hacer carrera de ellas...

Todo esto no era, sin embargo, más que palabrería de los que gustaban deleitarse construyendo metáforas los días de fiesta por la tarde en vez de, como hacían sus vecinos menos necios, embelesarse jugando al mus o mirando el fútbol en el bar sin hacer absolutamente nada que pudiera servir para algo menos ni mucho peor que aquellas necias construcciones de las que se mofaban y, riéndose, preguntaban que dónde estaban los cimientos y las vigas; y que había que tener la cabeza sobre los hombros para comprender la inutilidad de entregarse a hazañas tan extravagantes y de tan escasa consistencia.